

En el siglo XVII, la astronomía experimentó un notable adelanto cuando Galileo Galilei retomó estudios astronómicos de Ptolomeo para demostrar que no era el sol el que giraba alrededor de la tierra, sino que era ésta la que se trasladaba en torno al sol. Esta ciencia, basada en el heliocentrismo, se tornó en una visión del mundo que descartó las supersticiones y los enfoques mágicos y religiosos característicos de la época. El heliocentrismo pretendía que la sociedad funcionaba con la precisión y regularidad

de los movimientos planetarios determinados por la astronomía. Por ello intentó utilizar los métodos y conocimientos de las ciencias exactas para explicar la realidad social eliminando los elementos humanos y orgánicos que no encajaron dentro de su rígido y ahistórico mundo mecánico (Mumford, 1970, 28-65). Es así como se exacerbó rivalidades entre las ciencias sociales y las ciencias exactas, ocasionando conflictos no sólo sobre la veracidad y validez de las mismas, sino también sobre los ámbitos que cada disciplina puede estudiar.

¿Dónde empiezan o terminan los confines disciplinarios? ¿Es posible marcar sus límites? A finales de los años cincuenta Fernand Braudel (2002, 148) señaló la intensa trasgresión fronteriza que ocurría en las ciencias sociales:

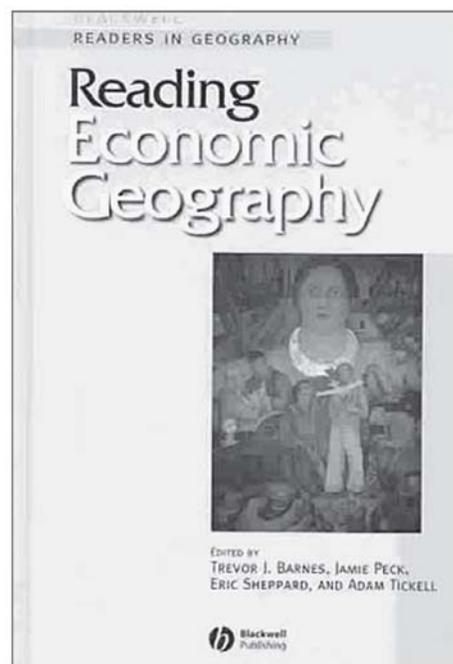
Las tenemos rivalizando, embarulladas en pleitos sobre las fronteras que las separan o no las separan, o que a duras penas las separan de las ciencias vecinas [...] cada una invade el territorio de sus vecinas creyendo que sigue en su propia casa.

Para Braudel los rompimientos de las barreras fueron tan agudos que terminaron por generar un "mercado común" de las ciencias sociales.

## *Reading Economic Geography* Lecturas sobre geografía económica

DARÍO GONZÁLEZ GUTIÉRREZ  
ESTUDIANTE DEL DOCTORADO EN CIENCIAS  
SOCIALES  
UAM-XOCHIMILCO  
dgong@correo.xoc.uam.mx

*Reading Economic Geography*  
Trevor I. Barnes, Jamie Peck, Eric Sheppard,  
and Adam Tickell.  
Blackwell Publishing  
Readers in Geography  
2003, 432 pp.  
ISBN 06312354X



El quebranto de fronteras no es privativo de esas ciencias y ha terminado por permear otros campos del conocimiento. A finales del siglo xx, Immanuel Wallerstein (1996, 79) señalaba la existencia de una “difuminación del patrón trimodal de los supercampos: las ciencias naturales, las ciencias sociales y las humanidades”. Ricardo Méndez (1997, 4) también indicó que la imaginación y la creatividad se ven favorecidas al desplazarse desde el centro hasta la periferia de una disciplina.

Esta es la tónica con la que Barnes, Peck, Sheppard y Tickell han editado el libro *Reading economic geography*. El texto reúne una gran cantidad de enfoques que van de los temas clásicos a las periferias más remotas de la geografía económica. Está dividido en cinco partes: 1) Mundos de la geografía económica, 2) Ámbitos de la producción, 3) Recursos naturales, 4) Mundos sociales, 5) Espacios de circulación. Cada una de estas secciones contiene su propia introducción y cinco ensayos editados que suman 30 textos; a éstos debemos añadir la introducción general del libro.

La edición de los ensayos fue hecha con el fin de hacer la obra lo más accesible posible a los estudiantes que se acercan a la disciplina, respetando la extensión máxima de 200 mil palabras. Por ello, los editores eliminaron tanto las notas a pie de página como aquellas partes que consideraron menos relevantes. Sin embargo, no han dejado de advertir que el libro tiene como objetivo dar a conocer de forma sencilla el amplio abanico de la disciplina, y recomiendan al lector que acuda a los textos originales que más le interesen.

Las introducciones de cada sección dan pistas importantes sobre la actualidad de los temas y sintetizan el contenido de los ensayos. Para la elaboración de esta reseña he utilizado esas introducciones, aunque desarrollé de forma más amplia los ensayos de David Harvey y Doreen Massey.

La primera parte, “Mundos de la geografía económica”, tiene como propósito mostrar la amplia gama de paradigmas que se han desarrollado en la disciplina durante los últimos 50 años. Los editores hacen referencia al clásico estudio de la historia de la ciencia *La estructura de las revoluciones científicas* de Thomas S. Kuhn, para señalar que un paradigma no es sólo una “visión del mundo”, sino también una “serie de prácticas” que desarrollan los científicos y los unen a “una cultura común y a un grupo social”. Por ello, indican que un cambio de paradigma suele ser violento: causa rupturas y escisiones en las asociaciones científicas.

Esto fue ejemplificado por los editores con una reseña histórica de la geografía económica, para situar sus orígenes en la geo-

grafía comercial del siglo xix, disciplina que se enfocaba al estudio de la producción económica y sobre todo a las aventuras coloniales europeas. El estado actual de la geografía económica se la atribuyen al desarrollo que ha tenido en los países angloparlantes durante los últimos 50 años. De este modo, señalan que a mediados del siglo pasado la revolución cuantitativa le dio un enfoque teórico diferente a la clásica descripción y elaboración de mapas que caracterizaban a la geografía: las diferentes aportaciones teóricas de la economía neoclásica desembocaron en la fundación de la ciencia regional en la Universidad de Pennsylvania, en Filadelfia, por Walter Isard. Los editores denotaron que fue en los años setenta cuando la economía política y el marxismo se opusieron al cuantitativismo neoclásico; en los noventa el marxismo fue estigmatizado como parte de un economicismo que dejaba fuera aspectos importantes en la conformación del espacio, como la cultura o las relaciones de género. Los editores han mostrado cómo estos ataques dieron origen al desarrollo de una gran cantidad de enfoques: posestructuralismo, feminismo, culturalismo, estudios etnográficos o análisis del discurso.

El texto de David Harvey fue elegido para abrir la selección de ensayos: “La diferencia que hace una generación”, de su libro *Espacios de esperanza* escrito en 1998. En este ensayo, Harvey –el geógrafo marxista angloparlante más destacado– al relatar su experiencia como profesor de marxismo durante cerca de 30 años, mostraba cómo los cambios generacionales influyen y se interrelacionan con los de los paradigmas. Señaló que en los años setenta, los estudiantes que acudían a sus lecciones lo hacían con un gran fervor y entusiasmo político para buscar –en los textos de Karl Marx, el autor más prohibido por el macartismo en los cincuenta– elementos que les ayudaran a comprender las convulsiones de la época: del asesinato de Martin Luther King a la guerra de Vietnam. Harvey relata cómo después vinieron los años ochenta con el ascenso del neoliberalismo y la gran cruzada contra el marxismo; la caída del muro de Berlín fue “el último clavo en la tumba” del desprestigio y la satanización. Posteriormente, durante los años noventa –escribió Harvey–, se levantaron dos paradigmas que acapararon la atención y la mantuvieron lejos de las preocupaciones sociales: el discurso macro de la globalización y el micro sobre el cuerpo. El primero de ellos fue el optimismo empresarial que proclamó la entrada a una “nueva era” propia de las recientes tecnologías informáticas; el segundo proclamó al cuerpo como el lugar privilegiado para la resistencia y emancipación política. Harvey acotaba que hubo pocos intentos por integrar estos dos discursos

con el fin de explicar los procesos de la época, ellos fueron el de los derechos humanos individuales –sobre todo los de las mujeres para decidir sobre su cuerpo y reproducción–, y el de los ambientalistas que relacionaron el daño ambiental global con las prácticas de consumo individual. Para Harvey, el aniversario de los treinta años del movimiento del 68 y el de los 150 años de haber sido publicado *El Manifiesto Comunista* fueron una ocasión para pensar sobre las nuevas alternativas de la lucha política, relacionando el espíritu de ese texto de Marx con la *Carta de Declaración de los Derechos Humanos*.

El ensayo de Andrew Sayer sobre el realismo crítico y la geografía económica continúa esta primera sección. Éste se titula: “Industria y espacio: una crítica constructiva a la investigación radical”. En el texto, el autor escribe sobre las posibilidades metodológicas del realismo crítico para enriquecer tanto a la teoría radical marxista como a la investigación empírica. Sayer fue el encargado de introducir el realismo crítico como alternativa al positivismo dominante en la disciplina durante los años sesenta y setenta.

Prosigue el libro con un escrito de Ash Amin: “Una perspectiva institucional en el desarrollo económico regional”. Aquí el escritor señala que el institucionalismo es una tercera alternativa entre el marxismo y la economía ortodoxa neoclásica: saca a la geografía económica de la estricta política económica, y resalta la importancia de los factores sociales y culturales impulsados por las instituciones. Con un estudio sobre las políticas diseñadas para favorecer a las regiones menos favorecidas de los países industrializados, Amin critica las políticas neoliberales que se fundamentan en la teoría económica neoclásica y su *Homo economicus* asocial y acultural.

El cuarto ensayo es el de Nigel Thrift y Kris Olds sobre la interrelación de la economía y la cultura: “Rehaciendo la economía en la geografía económica”. Estos autores coinciden con Amin en que la geografía económica se debe salir de las estrictas barreras de la política económica para tomar en cuenta una “nueva agenda” que considere tanto los cambios que actualmente se registran en la operación de la economía, como aquellos existentes en las ciencias sociales y su relación con la disciplina. Sostienen que existe una estrecha relación entre economía y cultura que es necesario considerar. Para fundamentar esto, muestran cómo el capitalismo se aprovecha de una de las celebraciones culturales más grandes del mundo –las fiestas navideñas– para aumentar enormemente sus beneficios.

Kathy Gibson y Julie Graham cierran este primer apartado con el artículo sobre el machismo subterráneo del discurso economi-

co “¡La economía, estúpida! El discurso de la política industrial y la economía del cuerpo”. Estas autoras se interesan por las metáforas que apuntalan la noción de economía. Señalaron que las metáforas no son inocentes figuras del lenguaje, frívolas e intercambiables, ya que no son neutrales: reflejan intereses sociales y relaciones de poder. Al estar elaboradas con base en el cuerpo masculino tienen importantes consecuencias que afectan a las condiciones de la mujer en el trabajo y la vida en general. La alternativa a esta situación la encuentran en la elaboración de nuevas metáforas basadas en la contraparte femenina.

La geografía descriptiva de la agricultura y de la industria muestra los primeros reflejos del interés de la disciplina por la producción; la revolución cuantitativa y la ciencia espacial tratan de explicarla mediante los modelos clásicos de localización. Por su parte, durante los años setenta, el marxismo estudió la producción como punto nodal del sistema capitalista. Los editores hacen estas observaciones para introducir el tema de la segunda sección: “Ámbitos de la producción”, dedicada a los temas tradicionales de la economía y su relación con la geografía: producción, trabajo, industrialización, competencia y cambio tecnológico. La mayoría de los ensayos desde esta parte están escritos desde el paradigma marxista.

Richard Walker principia con su ensayo “¿Existe la economía de servicios? La cambiante división del trabajo capitalista”. En este escrito Walker criticó el optimismo de los que ven en la terciarización de la economía una liberación del trabajo enajenado y la explotación. Para el autor, los servicios deben verse como una parte integral y continua del proceso productivo, y no como un desafío al capitalismo. La terciarización –sostiene Walker– es un resultado lógico de la dinámica del sistema capitalista en la que no han desaparecido las divisiones de clase: esto sólo puede lograrse con la transformación socialista de las relaciones de producción.

Doreen Massey sucede en este segundo apartado con “Desarrollo desigual: cambios sociales y división espacial del trabajo”. Con este texto Massey daba una repuesta a aquellos que consideraron que los análisis marxistas eran muy generales. Así, mostraba cómo las relaciones conflictivas entre capitalistas y trabajadores se manifiestan en formas geográficas muy variadas, que se renuevan constantemente en el tiempo reproduciendo las relaciones de poder y control. Massey sostuvo que las estructuras de clase están organizadas espacialmente, como lo demuestra la separación geográfica dentro de una empresa entre el centro de comando [*headquarter*] y

las subse-des. Las relaciones entre éstas se han vuelto distantes y complejas, un ejemplo es la separación entre la Investigación y Desarrollo (I+D) y la producción; otro ejemplo es la fragmentación de esta última en diferentes plantas. La especialización de las regiones en las diferentes tareas está en relación con la composición social de las mismas, y dará como resultado una estructura ocupacional determinada. Las características funcionales y sociales de un área definen la de otra, por ello una localidad sólo puede ser entendida en su relación con la división del trabajo y los amplios sistemas de relaciones de producción. Sin embargo, estos factores no determinan completamente las particularidades sociales y económicas de una localidad, también intervienen sus actores y circunstancias.



*El discurso “macro” de la globalización promovió la idea de la entrada a una “nueva era”, en la cual las telecomunicaciones eliminarían los centros y fronteras del mundo.*

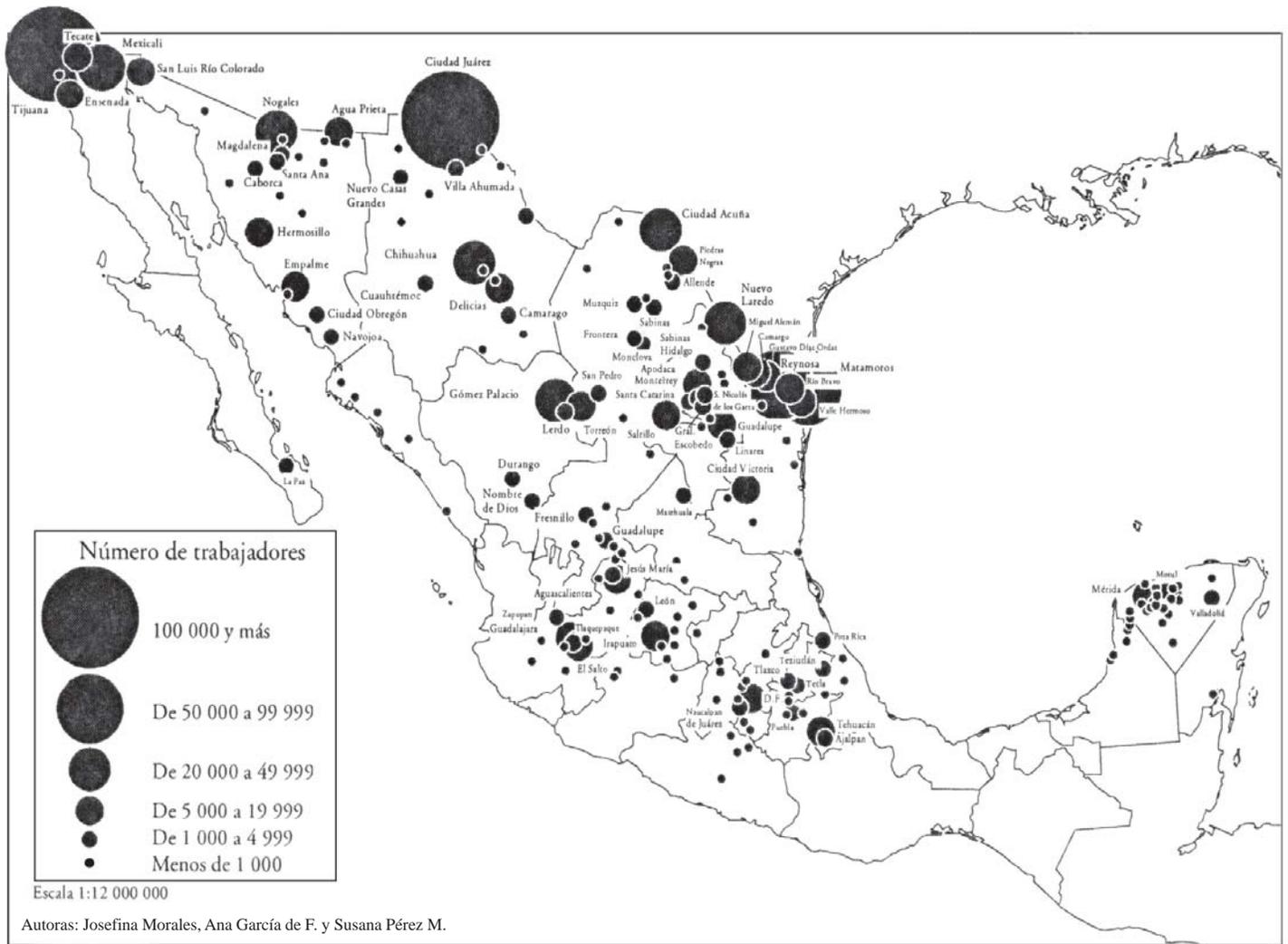
*Fotografía de la tierra tomada por la nave Apolo XVII.*

Para ilustrar esto, Massey realizó el análisis de los cambios ocurridos en la división del trabajo en el Reino Unido desde mediados de los años sesenta hasta los ochenta. En ésta mostraba que a principios del periodo los *headquarters* se concentraron en Londres, mientras que la I+D se localizaba en el sureste, y las plantas de producción en el resto de la nación. Esto tuvo como consecuencia el asentamiento de los ejecutivos, administradores, profesionales y técnicos calificados en el sur y el este. Massey denotó que para los ochenta varias plantas productivas del norte ya no dependían de los *headquarters*

asentados en Londres, sino de aquellos que se encontraban fuera del Reino Unido. Estas empresas desagregaron los procesos productivos de forma horizontal y adoptaron el sistema de producción conocido como *just-in-time*. De este modo, la autora sostiene que las relaciones que antes eran planeadas por las firmas, ahora lo son por el mercado.

La segunda sección continúa con un texto de Allen J. Scott: “Sistemas de producción flexible y desarrollo regional: el ascenso de los nuevos espacios industriales en Estados Unidos de América y Europa occidental”. El autor analiza los cambios de localización de actividades económicas debidos a la interacción entre la dinámica del capitalismo y las formas de organización productiva. Posteriormente, Peter Dicken escribe “Tensiones entre lo local y lo global: empresas y estados en la economía espacial global”. El científico comenta las relaciones entre las multinacionales y los estados nacionales en estos tiempos de globalización. Señala la importancia de analizar tanto la naturaleza de las multinacionales y las relaciones entre ellas, como el papel de los estados nacionales en el contexto internacional, ya que no todos se comportan de la misma forma, sin embargo, deben actuar de manera competitiva para atraer actividades económicas e inversión.

Melissa Wright prosigue esta sección con “Las políticas de relocalización: género, nacionalidad y valor en una maquiladora mexicana”, producto de una investigación etnográfica, en la que la autora denuncia las condiciones de explotación de mujeres en una maquiladora de origen estadounidense asentada en Ciudad Juárez, Chihuahua, en la que los gerentes asocian los productos con el género y la nacionalidad. La tercera parte se titula “Recursos naturales”. En ella los editores indican cómo los primeros geógrafos económicos veían estos recursos como si fueran elementos dados por la naturaleza y explotados por el ser humano. Así, cuando la geografía económica se institucionalizó, a finales del siglo XIX, era una geografía de los recursos naturales. La importancia de la industrialización y la emergencia de la ciencia espacial terminaron por sepultar esa visión de la disciplina y su preocupación por la naturaleza. Fue en los setenta, con la influencia del marxismo, cuando la geografía económica retomó el estudio de los recursos naturales. Para los editores fue muy importante la influencia del ensayo de David Harvey: “Población, recursos y la ideología de la ciencia”. En éste, el autor denota que los recursos no son elementos dados por la naturaleza: están incrustados en las relaciones de producción capitalista.



Maquiladoras en México, 1999 (Quintero y de la O, 2001, 15).

Noel Castree abre esta sección relatando la vorágine mercantilista que en busca de pieles casi termina por extinguir las focas del mar de Bering. En su ensayo "Naturaleza, economía y la cultura política de la teoría: la 'guerra contra las focas' en el mar de Bering, 1870-1911", el autor estudia la industria de piel de focas a fines del siglo XIX y principios del XX. Señala que no existían leyes que prohibieran la caza de esos animales, sino hasta 1911. Cómo no costaba nada criar a las focas y éstas no tenían dueño, los normales mecanismos de precios de la economía ortodoxa no podían ser aplicados. Al ser muy buenas las ganancias, los capitalistas individuales –viendo sólo por sus propios intereses– no tuvieron algún freno para depredar a las focas. Los autores resaltan la importancia del discurso de la preservación: consideran que es el responsable de que la extinción de esa especie no se haya consumado.

Erik Swyngedouw prosigue esta parte con el título: "Modernidad e hibridación: naturaleza, regeneracionismo y la producción del

paisaje acuático español, 1890-1930". Con este texto el autor trata de borrar los límites entre naturaleza y sociedad: reconoce la independencia del agua como recurso natural y resalta sus cualidades para resistir y vencer a las fuerzas sociales que se levantan contra ella. Con estos postulados examinó el "Regeneracionismo", movimiento que confrontó la tradición rural española con la modernidad de obras hidráulicas: canales, diques y sistemas de irrigación. El autor sostiene que los recursos naturales y la sociedad no están escindidos, pues ambos se conjugan en un proceso de hibridación.

Posteriormente se presenta el trabajo de Michael Watts: "Petróleo como dinero: el excremento del demonio y el espectáculo del oro negro". Watts estudiaba los efectos que el boom petrolero de los años setenta ocasionó en Venezuela, Irán y especialmente Nigeria. Encontró que a pesar de que la Organización de Países Exportadores de Petróleo logró cuadruplicar el precio del petróleo y multiplicar sus ganancias 10 veces en esa década, el boom trajo más calamidades que beneficios a esos

países, por lo que no se recató en llamar al petróleo el "excremento del demonio".

Judith Carney escribe "Transformando las tierras húmedas, generando el medio ambiente: la intersección del género con los cambios agrarios en Gambia". El ensayo versa sobre la agricultura en Gambia, y resalta cómo las relaciones de género influyen en la producción agrícola: en los métodos de cultivo utilizados y en su contribución al desarrollo nacional. La autora ha documentado cómo en la división del trabajo rural en ese país los hombres, además de acaparar las mejores condiciones en las tierras altas y relegar a las mujeres a las tierras húmedas, no permitieron que éstas los sobrepasaran en la producción. El conflicto ocasionó que las mujeres abandonaran los cultivos, lo que le impidió al gobierno alcanzar su meta: la autosubsistencia alimentaria nacional.

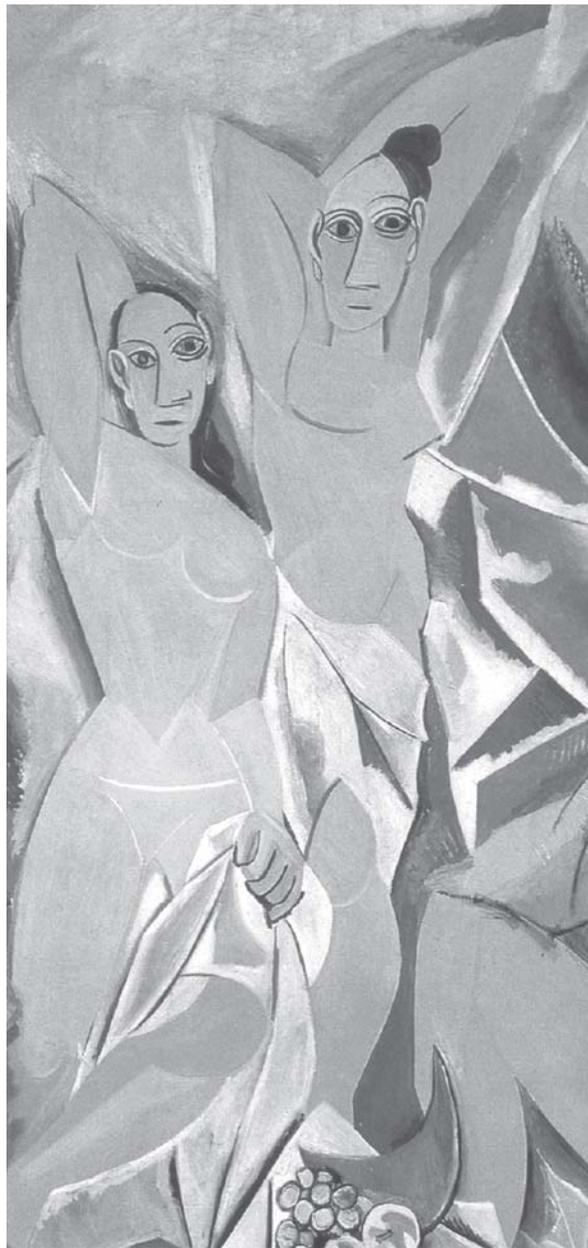
El trabajo de Linda McDowell y Lorraine Thorne cierra esta sección: "Redes nutritivas: geografías alimentarias alternas". Desde un enfoque de redes, las autoras han analizado dos fenómenos para intentar demos-

trar la multicausalidad de los mismos: 1) la identificación del bacilo de ántrax por Louis Pasteur y 2) la exportación de café de pequeños agricultores peruanos hacia Inglaterra. McDowell y Thorne se preocupan por explicar de qué manera el descubrimiento del científico francés y las acciones humanitarias de activistas ecológicos se difundieron por el mundo. Sus conclusiones sostienen que esto fue posible gracias a las redes de comunicación, que van más allá de las dicotomías local-global, naturaleza-sociedad o centro-periferia.

El cuarto apartado “Mundos sociales” está destinada a resaltar la difuminación fronteriza entre la sociología y la economía espacial. Los editores hacen la acotación, e indican que el fenómeno se remite a los años ochenta, cuando se amplió la gama de estudios de la geografía económica más allá del desarrollo regional y la dinámica industrial. Desde entonces, los temas de la disciplina se han extendido para abarcar el análisis de aspectos como el sector terciario, el consumo, el desarrollo sustentable o la reestructuración del Estado. Esto llevó a la elaboración de concepciones más complejas e integrales en las que se incluyen la regulación social y la economía socialmente construida.

Abre esta sección el ensayo de Phillip O'Neill “Trayendo el Estado cualitativo de regreso a la geografía económica”. El autor sostiene que la inclusión de lo social en la geografía económica no es meramente una cuestión de sumar o agregar, sino que implica un replanteamiento de la agenda de investigación. Para ilustrarlo estudió la interrelación del mercado y el Estado, aduciendo que el último es determinante para el funcionamiento del primero. La protección de la propiedad privada, la regulación de las condiciones laborales o el establecimiento de las normas anti-monopolios son ejemplos de normas estatales que permiten funcionar al mercado. O'Neill refuta a los neoliberales cuando demuestra que el mercado no trabaja gracias a una “mano invisible”: responde a los estados nacionales y los movimientos sociales.

Michael Storper continúa con “Territorios, flujos y jerarquías en la economía global”. Estudia las características de la territorialización de las actividades económicas y sostiene que la globalización no es un proceso que se desarrolla universalmente de forma homogénea, sino que depende de características locales: los recursos humanos y naturales, las



*El discurso micro sobre el cuerpo desplazó el debate estructural y abrió nuevas vías al debate sobre las libertades individuales y la emancipación política.*

*Imagen: fragmento de Las señoritas de Avignon de Pablo Picasso.*

políticas locales. Storper ha sostenido que las estrategias de las corporaciones están en relación con esas políticas, y que su interacción da como resultado ciertas características a la territorialización de los procesos productivos. El autor demuestra que la globalización no puede ser asumida en los términos neoliberales, ya que no es un proceso homogeneizante y totalizador.

Por su parte Ray Hudson y David Sadler en “Cierre de empresas competitivas en las viejas regiones industriales de Europa occidental: ¿defendiendo el lugar o traicionando clases sociales?”, advierten la importancia de las particularidades locales en la lucha

de clases. Para ello analizaron las movilizaciones políticas que los obreros del noreste de Inglaterra utilizaron para afrontar el cierre de empresas y la pérdida de empleos.

Más adelante Ruth Fincher en “Relaciones de clase y género en el mercado local de trabajo y el estado local”, muestra la manera en que los servicios sociales impactan en el mercado laboral. Fincher se enfoca en el análisis de las relaciones entre el Estado local y el mercado laboral local en Melbourne, Australia. Concluye que la geografía desigual de los servicios impacta la constitución espacial del mercado de trabajo, y que los tipos de empleo no sólo responden a los requisitos técnicos de la producción, sino que también deben cumplir con las necesidades de los grupos sociales locales.

Linda McDowell termina esta sección con su texto: “Pensando a través del trabajo: género, poder y espacio”. Investiga cómo el género interviene en las relaciones laborales dentro del sector bancario, y demuestra que la forma en la que se realizan los negocios refleja y reproduce las relaciones de género. Por ello, McDowell sostiene que la economía no es una esfera separada con una lógica propia, sino que está moldeada por las relaciones sociales, políticas e institucionales en las que se incrusta el mercado.

Los editores presentan la última parte, “Espacios de circulación”, en la cual señalan la importancia que tienen el espacio y la distancia en la geografía económica. La discusión se remite a los mismos orígenes de la disciplina, la que llevó a la ciencia espacial –durante la década de los sesenta– a considerar la distancia como factor central para el análisis de los flujos de bienes y personas para la localización de las actividades económicas. En la década siguiente, los marxistas –que criticaban el cuantitativismo– sostuvieron que la distancia –al ser un producto social– no podía ser tratada en forma neutral como lo hacía la ciencia espacial al basarse en la geometría euclidiana. De ese modo los marxistas denotaban que la velocidad y eficiencia con la que las mercancías y el dinero fluyen no sólo están determinadas por los medios de comunicaciones y transportes: dependen principalmente de las relaciones sociales de producción.

Stephen Graham abrió este apartado con “¿El fin de la geografía o la explosión del lugar? Conceptualizando el espacio, el lugar y

la tecnología informacional”, examina el papel de las telecomunicaciones en relación a la distancia, la conectividad, el lugar y el espacio. Para ello compara tres paradigmas: 1) el determinismo tecnológico, en el cual el lugar y el espacio son irrelevantes; 2) el co-evolucionismo, que sostiene la interdependencia de los factores electrónicos y geográficos; 3) la teoría de la red-actor, que señala las conexiones entre tecnología, espacio lugar y vida social. Graham se inclina por el tercer ejemplo, ya que considera que el espacio y el lugar están continuamente reconstituyéndose, por lo que no desaparecen como conceptos materiales o discursivos: conservan su importancia a pesar del potencial de las telecomunicaciones.

Meric S. Gertler escribió acerca de las determinaciones que las multinacionales ejercen sobre los gobiernos locales y sus filiales en “¿Las mejores prácticas? Geografía, aprendizaje, y los límites institucionales a la firme concurrencia”. Analiza el impacto de la Inversión Extranjera Directa (IED) sobre los *clusters* industriales locales; toma como caso de estudio filiales de multinacionales alemanas localizadas en Ontario, Canadá. Gertler muestra que la IED conecta lugares distantes mediante inversiones intrafirma como parte de un sistema de producción global que funciona a la manera de una gigantesca línea de montaje. Esto implica, además del control sobre las filiales, influencia sobre los gobiernos locales para que modifiquen las prácticas laborales y el uso de tecnología según la conveniencia de las grandes firmas. De esta manera, el autor señala que el éxito de los distritos industriales no sólo depende de las condiciones locales, sino de su conectividad con otros lugares. Gertler no cree que la prosperidad de un lugar dependa de su habilidad para desarrollar una cultura local de aprendizaje, ya que las multinacionales llevan sus propias normas culturales, prácticas laborales y usos específicos de tecnología, desde sus centros de comando hasta sus filiales.

El tercer ensayo de esta última sección pertenece a Y. Hsing, y se titula “La sangre más espesa que el agua: relaciones interpersonales e inversiones taiwanesas en el sur de China”. Tomando en cuenta los diversos contextos geográficos y políticos, Hsing expone las diferencias entre las ciudades industriales del sur de China. Señala que el gobierno comunista chino tuvo interés en el desarrollo local, algo que rompe con el esquema centralista de otros países también llamados comunistas. Hsing también hace referencia a la importancia de la afinidad cultural entre chinos y taiwaneses: ha señalado que ese factor permitió la creación de redes de apoyo étnico y familiar —al margen de los estados nacionales—, que incentivaron las inversiones e intercambios empresariales.

El texto “De la enfermera legalizada a la nana legalizada: geografías discursivas de las trabajadoras domésticas filipinas en Vancouver, B.C.” de Geraldine Pratt continúa en esta parte. Mediante el análisis del discurso posestructuralista, la autora analiza la posición que ocupan las inmigrantes filipinas dentro del mercado laboral de Vancouver. Pratt muestra que las trabajadoras filipinas viven una situación ambigua, que no determina si son miembros de una familia o empleadas de los dueños de la casa. Su condición es incómoda, ya que tampoco se define si son sirvientas o nanas; si son visitantes o inmigrantes pertenecientes a la comunidad filipina de Canadá. La autora concluye que los discursos estigmatizan a las mujeres filipinas, sin embargo, también les proveen de elementos para afrontar su situación.

El último trabajo de la sección y del libro es el de Erica Schoenberger “Discurso y práctica en la geografía humana”. El concepto de competitividad generalmente es utilizado con una lógica económica-espacial que le quita validez, ya que no toma en cuenta las relaciones entre los lugares. Esta es la principal observación de la autora, que utiliza dos ejemplos para ilustrar su postura. El primer caso es la empresa Nike, que logra la hipotética competitividad no mejorando sus procesos productivos, sino armando una línea de producción mundial a la que encadena regiones de países subdesarrollados que permiten la superexplotación laboral. Con el segundo ejemplo Schoenberger critica una campaña que se realizó para reducir los salarios de los trabajadores de la ciudad de Baltimore; en ésta se aducía que los buenos salarios ahuyentaban las inversiones mermando así la competitividad de la urbe. La autora sostiene lo contrario: los buenos salarios mejoran las condiciones sociales, reducen la pobreza y aumentan la seguridad de la ciudad. Es de este modo como Baltimore realmente puede atraer mayores inversiones y hacerse más competitiva.

Los objetivos de los editores parecen haber sido alcanzados, ya que han logrado reunir gran cantidad de enfoques y de temas dentro de la geografía económica. ¿Hasta qué punto han traspasado las fronteras de esa disciplina y han desbordado a otros campos de la geografía humana? Posiblemente esto no sea tan importante como el poder comparar en un solo volumen la contemporaneidad de diversos paradigmas que muchas veces se contraponen, pero que en otras se complementan.

A pesar de que Georges Benko (1998, 6) situó una obra con significativo contenido histórico, como importante fundamento de la ciencia regional: *La cultura de las ciudades* de Lewis Mumford, en *Lecturas sobre geografía económica* existen pocas preocupaciones

históricas: aparentemente la depuración de paradigmas en la disciplina se ha alejado de la historia ¿Será el miedo de volver al pasado una barrera peligrosa de cruzar para la geografía económica?

## BIBLIOGRAFÍA

- Benko, Georges. 1998. *La science regional*. París, Que sais-je?
- Braudel, Fernand. 2002. “La larga duración”, en *Las ambiciones de la historia*. Barcelona, Crítica.
- Méndez, Ricardo. 1997. *Geografía económica. La lógica espacial del capitalismo global*. Barcelona, Ariel.
- Mumford, Lewis. 1970. “The pentagon of Power”, Vol. II, en *The myth of the machine*. Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich.
- Mumford, Lewis. 1938. *The culture of cities*, Nueva York, Harcourt Brace & World.
- Quintero, Cirila y María Eugenia de la O. 2001. “Introducción”, en Quintero, Cirila y María Eugenia de la O. (coord.). *Globalización, trabajo y maquilas: las nuevas y viejas fronteras en México*. México. CIESAS, Plaza y Valdés.
- Wallerstein, Immanuel (coord). 1996. *Abrir las ciencias sociales*, México, Siglo XXI.

## REVISTAS

- Saber Ver. *Lo Contemporáneo del Arte*, 1993 (11), México, Televisa.
- Saber Ver. *Lo Contemporáneo del Arte*, 1995 (25), México. Televisa.